

RIGODÓN

LOUIS-FERDINAND CÉLINE

RIGODÓN

TRILOGÍA DEL NORTE III

Traducción de Carlos Manzano



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Rigodon*

Diseño de la cubierta: Edhasa, basado en un diseño de Pepe Far

Imagen cubierta: istockphoto

Primera edición: marzo de 2025

© Éditions Gallimard, 1969

© de la traducción: Carlos Manzano, 2025

© de la presente edición: Edhasa, 2025

Diputación, 262, 2.º 1.ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, o consulte la página www.conlicencia.com

ISBN: ISBN: 978-84-350-1174-7

Impreso en Huertas Industrias Gráficas

Dep.Leg.: B 1757-2025

Impreso en España

A los animales

Ya veo que Poulet me tiene fila... Poulet, Robert,^{*} condenado a muerte... ya no habla de mí en sus artículos... antes yo era el gran tal... el incomparable cual... ahora apenas una palabrita ocasional con bastante desdén. Ya sé yo por qué, es que nos cabreamos... al final me tocaba los huevos, ¡tanto andarse por las ramas!... las convicciones no te conducen a Dios, ¡ya puedes estar seguro!

«No, ¡qué hostia!... ¡ya lo creo que no! ¡digo lo mismo que Ninon de Lenclos! ¡Dios, invención de los curas! ¡antirreligioso de todas todas!... ¡ésa es mi fe y punto!

—¡Vaya autoridad, el Ninon!... ¿nada más, Céline? ¡huy! ¡huy!

—¡Sí! ¡Sí, Poulet! ¡más y mejor!

—¡Ah!... ¡a ver! ¡que yo me entere!

^{*} Robert Poulet, crítico literario y escritor. En el momento de la liberación, había sido condenado por colaboracionista.

Poulet, encargado desde el decenio de 1950 de la sección literaria de *Rivarol*, fue un fiel defensor de Céline y en cada una de sus reseñas subrayó la novedad y la importancia de sus novelas. En 1958 publicó *Entretiens familiares avec L.-F. Céline*, donde se mezclan las palabras de Céline con los recuerdos y los comentarios. Después de la muerte de Céline, se le encargó la publicación de la segunda parte de *Guignol's Band*, que, para evitar confusiones con la primera, tituló *Le Pont de Londres*. En el *Prólogo* que escribió en 1970 para una reedición, con el título de *Mon ami Bardamu* de sus *Entretiens* de 1958, Robert Poulet negó el intento de conversión que le atribuye aquí Céline y más aún el supuesto resentimiento provocado en él por dicho intento.

—Todas las religiones con el “Jesusito”, católicas, protestantes o judías, ¡en el mismo saco! ¡a mí no me la dan! ya lo crucifiquen o le hagan tragar hostias, ¡la misma ralea! ¡la misma impostura! ¡cuentos! ¡engañifas!

—¿Y qué más?

—Pues, ¡que no acaba ahí la cosa! ¡intente seguirme, queridísimo tontaina!

—¡A ver! ¡A ver!

—Sólo hay una religión: católica, protestante o judía... sucursales de la tienda “El niño Jesús”... ¿que se pelean? ¿se destripan?... ¡pamplinas!... ¡corridas sangrientas para bobos! el gran trajín, el único, de verdad, su acuerdo profundo... atontar, destruir a la raza blanca.

—¿Cómo, Céline? ¿Qué me dice usted?

—Puro mestizaje, matrimonio, ¡claro! ¡con todos los sacramentos! ¡Amén!

—No acabo de entenderlo, Céline...

—¡Entienda, condenado a muerte! Todas las sangres de las razas de color son “dominantes”, amarillas, rojas o violáceas... la sangre de los blancos es “dominada”... ¡siempre! los hijos de las hermosas uniones mixtas serán amarillos, negros, rojos, nunca blancos, ¡nunca jamás blancos!... ¡chúpese ésa! ¡con todas las bendiciones!

—¡La civilización cristiana!

—¡Creación, Poulet! ¡imaginación! ¡estafa! ¡impostura!

—¡De todos modos! creación a lo grande.

—¡Mestizaje! ¡destrucción de veinte siglos, Poulet! ¡nada más! ¡hecha a propósito! ¡creada para ese fin! ¡cada creación entraña, en sí, con su nacimiento, su propio fin, su asesinato!

—¿La Iglesia asesina, Céline?

—¡Ya lo creo! ¡y usted también! ¡no hace otra cosa, su Iglesia! ¡culo bendito!

—¡Le gustan demasiado las paradojas! ¡Céline! ¡los chinos son antirracistas!... ¡y los negros también!

—¡Vaya una chorrada! como vengan aquí sólo un año, ¡dan por culo a todo el mundo! ¡la suerte echada! ¡no queda ni un blanco! raza que nunca existió... un “maquillaje”, ¡y se acabó! ¡el hombre de verdad de la buena es negro y amarillo! el hombre blanco, ¡religión mestizante! ¡de las religiones! judías, católicas, protestantes, ¡el blanco, muerto! ¡ya no existe! ¿a quién creer?

—Céline, me hace usted gracia...»

No he vuelto a ver nunca a Poulet... he leído sus artículos de vez en cuando... pequeñas alusiones... nada más... lo molesté un poco...

★ ★ ★

¡Drrrrring!... un señor, periodista, telefona...

«¡Maestro...! ¡Maaaaestro! ¿tendría la infinita amabilidad de leer la carta que le hemos enviado?

—¡Mire!... ¡mire, usted! ¡las cartas!... ¡las tiro, todas, a la papelera desde hace siglos!... ¡sin leerlas!... ¡estaría bueno, si no!

—¡Maestro! ¡queridísimo maestro! ¡su opinión! ¡dos palabras!

—Pero, ¡me cago en Dios! ¡si no tengo!

—¡Oh, sí, Maaestro!

—¿Sobre qué, demonios?

—¡Sobre nuestros escritores jóvenes!

—¿Esos carrozones indecentes? Pero, leche, ¡si no existen!
¡farfulleo fatal!

—¡Escríbanoslo!... ¡muy, muy vene... ra! ¡do! ¡Maestro!

—¡Será más rápido así! ¡cojan, fusilen a Brunetière! ¡ya lo dijo todo él!

—¡Oh, por usted! ¡por usted! ¡queridísimo Maaestro!

—¿No me fastidiarán más? ¿no vendrán?

—¡Jurado! ¡jurado! ¡Maaestro!

—¡Dijo que la literatura, toda, acabaría devorada!

—Pero, ¿por quién, Maestro?

—¡Por los charlatanes!

—¡Escríbanoslo, Maestro! ¡Maestro!

—¡No, joder, no! ¡qué leche! ¡ya escribiré cuando vuelvan a salirme los dientes!

—¿Y si vamos a su casa, de todos modos? ¿a recoger sus extraordinarias palabras?

—¡Mías, no! ¡Brunetière! ¡Sinvergüenzas! ¡Brunetière!

—¡Si nos hiciera ese honor! ¡Maestro! ¡para nuestro periódico! ¡Haga el favor!

—¿Qué periódico?»

¿Qué podría hacer para que no vengan?

«¡*L'Espoir!*

—Pero, ¡si no hay esperanza, infelices!

—¡Oh, tenga piedad! ¡escribanoslo! ¡Maestro! ¡Maestro, los jóvenes no lo conocen!

—Mejor, ¡los muy cerdos! ¡que vayan, si hace falta, con la cabeza gacha y en fila india, extenuándose! pinten la torre de nuevo...

—¡Desespera usted de la juventud! ¡Maaestro! ¡menosprecia usted a Francia y sus prodigiosos recursos y a Argelia, la Academia y los participios!

—¡A la mierda, les digo! ¡todo! ¡todo eso! ¡un país que ya no existe, ya no tiene sino chupatintas!... pompas y fúnebres... cien lenguas más fuertes que la nuestra, ¡ya han dejado de existir! ¿Van a hablar ustedes el hitita? ¿el arameo?

—Entonces, ¡está decidido, querido Maestro! ¡iremos a verlo! Empujaremos a sus criados, mataremos sus perros, ¡y le sa-

caremos las tripas! ¡y ese cerebro majareta y podrido! ¡oiga!
¡oiga! ¿nos oye? ¿nos comprende?

—¡Sí, joder! ¡claro que sí! ¡me lo paso bomba! ¡la entrevista feroz! ¡listo! ¡ante las fieras! ¡coloquio romano! ¡miren cómo eructo!

—¡Oh, sí! ¡oh, Maestro!

—¡Vengan! ¡vengan enseguida, queridos chavalotes! ¡que los abrace! ¡que los bese!...

—¡Mgam! ¡Mgam!»

★ ★ ★

Uno muy cachas y un tirillas... ¡ahí están!... sujeto los perros en su cercado... no vayan después esos dos jóvenes a presumir por ahí de que los entregué a mis fieras... esos dos jóvenes, el grande, el flaco, tienen acné, no demasiado limpios, arreglados, les huele mucho el aliento... expresión terca, cerrados, podríamos decir, convencidos... no se avienen a razones... no me apetece nada... se han empeñado en venir, están ahí... ¡en fin!

«¿Son de *L'Espoir*?

—¡Exacto, Céline! Nos preguntábamos y nos preguntamos aún, nosotros y nuestros amigos, si sería usted de verdad tan indecente como dice todo el mundo... venimos a preguntárselo.

—¿Quiénes son sus amigos?

—¡Ah, el primero, el gran Cousteau!

—¡Menudo cerdo, por la parte que me toca!... ¿de dónde sale ése?

—De *Je suis partout*.

—O sea, un empleado de Lesca y de la *Propagandastaffel*.

—Ha escrito que quien estaba a sueldo de los alemanes era usted, ¡lo ha afirmado con todas las letras, con su gran valor, en

nuestro *Rivarol!* ¡un *Rivarol* vale por diez *Huma!* ¡para que lo sepa! ¿se entera usted?... ¿qué nos responde, Céline?

—¡Miren, chiveas muy cargantes! Si tuviera que responder a todas las gilipolleces, las pamplinas de las gacetas y las cartas, ¡no tendría tiempo para otra cosa en lo que me queda de vida!... tengo que acabar mi crónica, ¡y unas deudas enormes que saldarr!... Cousteau era un pobre envidioso, diputado frustrado, pintiparado para fanatizar a unos chorras como ustedes...»

Qué curioso, pienso... esos dos boceras ardorosos igual podrían ser de derechas, de izquierdas, de centro... y de cualquier época... ¡idénticos!... igual de aviesos, odiosos, forofos gilipuer-tas... ¡*maillotins*, conjurados de los Guisa, partidarios de Chambord o del Temerario!... ¡a paseo las Causas! Étienne Marcel o Juanovici... ¡de un año para otro!... ¡el porvenir decide! ¡chucháis de vedettes y muslos variados!

«Céline, se lo hemos dicho por teléfono, volvemos a preguntárselo, ¿hasta dónde podrá llegar usted con el egoísmo, la traición, la cobardía?

—¡Oh, muy lejos, queridos amigos!

—Sí, pero cuidado, Céline, ¡ya sólo le queda una última oportunidad! ¡venimos a avisarle! ¡adhiérase! si no, ¡se hará justicia! ¡y adiós! ¡adiós piruetas!

—Pero, ¡joder! ¡si yo creía que ya estaba hecha!

—¡Huy, qué va!... ¡nuestra justicia! ¡la impecable!

—¿Entonces?

—Entonces, ¿no lo ha leído?... claro, ¡si es que usted no lee nada!... ¡salvo algunas marranadas seguramente!

—¡Por favor! ¡por favor! ¡quiero saberlo!

—¡El programa de la nueva ola! nuestro *Espoir*, ¡mensaje de nuestro vidente supremo! ¡Escuche, recuerde, medite, desgra-

ciado! “El sentido de la Historia impone la fraternidad entre Francia y Alemania.”

—¡Huy, la leche! ¡largo de aquí! ¡Lo que tiene uno que oír! ¡serán gamberros! ¡no quiero verlos más! ¡como se atrevan! ¡suelto los perros!»

¡Ya iba para allá! se los habrían jalado... ¡ni rastro!... ¡esfumados, los dos andovas! soplabla el viento...

★ ★ ★

De nada me sirvió actuar rápido, perder pocos minutos en poner a esos chorbos en la calle, el día siguiente las redacciones y las terrazas se habían esmerado con el incidente. Miren, el peor de los mierdas ha vuelto a levantar la cabeza, ¡sí!... se ha atrevido... ha tachado a nuestro sublime baranda de altísimo fulano, ¡sí! además, ¡ha dicho que lo habían desvalijado!... encarcelado, etcétera... etcétera... y que era mutilado de guerra en un 75%... y militar condecorado mucho antes que Pétain.

Pero, leche, ¡menudo si reaccioné!... hurgué, resolví, encontré... ¡opuse un texto!... ¡cosa fina!... enseguida, una conferencia de prensa, convoqué... ¡leí!... texto de Barjavel...*

«Para mí, en el siglo xx no hay hasta ahora sino un innovador, que es Ferdinand y un solo escritor incluso, podríamos decir. Espero que no te ofendas. Está tan por encima de nosotros. Que lo torturen y persigan es normal. Es espantoso decirlo, siendo como es un hombre vivo, pero, al mismo tiempo, por su grandeza no se puede por menos de considerarlo fuera del tiempo y de las contingencias que lo aplastan. Estoy profundamente con-

* Esta cita procede de una carta de René Barjavel a Albert Paraz, quien la transcribe en su libro *Le Menuet du Haricot* (Ginebra, Ed. Connaissance, 1958).

vencido de que cuanto más grande es un hombre, más se expone a que lo maltraten todos. La tranquilidad es sólo para los mediocres, los que se confunden en la multitud. Céline desea volver a París o a Francia y tú haces todo lo que puedes para ayudarlo, pero ten en cuenta esto: dondequiera que esté, lo perseguirán. Su deseo de encontrar la paz en un sitio distinto de donde está no es sino un sueño. No va a encontrar la paz en parte alguna. Lo perseguirán hasta la muerte, dondequiera que vaya y él lo sabe perfectamente y no puede evitarlo ni nosotros tampoco. Lo único que podemos hacer es proclamar en todas las ocasiones que es el más grande e incluso al hacerlo atraemos sobre él los odios decuplicados de los pequeños, los mediocres, los castrados, todos los que se mueren de odio envidioso en cuanto les levantan la cabeza para mostrarles las cimas. Son la multitud.»

Yo esperaba que causara alguna impresión... ¡ni hablar!... ¡al contrario!

«El Barjavel, ¡venga, hombre! ¡tan mierda como él!... ¡a la fosa con él!»

★ ★ ★

¡Otra vez *drrring!*... el teléfono... ¡esta vez ya es que es demasiado, de verdad! Moliere murió de tanto que lo molestaron... ¡Poquelin!... ¡Poquelin! ¡el entremés! ¡por favor!... ¡y el ballet!... ¡Luis XIV da una gran cena! ¡esta noche!... ¡dos mil cubiertos! ¡esta misma noche! Molière murió de tanto que lo molestaron... si hubiera respondido: ¡que le den por culo!... ¡a galeras, Poquelin!... murió, dócil, en escena, escupiendo los pulmones, hasta la última gota de sangre y la última pizca de buena voluntad... sé lo que me espera, a mí, no a Molière, al extenuarme por Ben Achille...

Me voy a descansar, esto ya es demasiado... ¡*drrring!*... ¡otro timbrazo! ¡*Le Figaro!* ¡mi favorito! ¡viene que ni pintado!... mi solaz, su necrología... ¡mi golosina! cómo pueden vivir tanto los ricos, ¡y tan felices!... ¡increíble!... ¡en sus castillos, llamados a su seno por el Señor! 80... 90... ¡100 años! con todas las bendiciones... ¡grandes cruces de todo! ¡y Santo Sepulcro!... unos funerales del copón... ungidos, ungidas. obispo, gobernador, sindicatos y el propio Diablo en su *tilbury*...

Mi *Figaro*, ¡mi solaz!...

No estoy suscrito así porque sí... todos los días cinco columnas de muertos edificantes... fijaos, hace años que busco... busco a un asqueroso *collabo* enterrado entre ellos... con honores, bendiciones... ¡nanay!... a esos fiambres los sepultan sin agua bendita, sin monaguillos, en terreno hediondo... innombrables... así cayó Poquelin... a mí, ahora que me han borrado todo... han raspado las lápidas en Père-Lachaise, mi padre, mi madre y yo...

¡Querido *Figaro*, mi *scoubidoul*...* ¡no sólo su necrología! ¡otro goce!... las noticias de las ex colonias... cómo se entienden los electores recientes para decapitar, asar, a los retrasados blancos... ¡oh, sin pensar en nada malo, ni racismo! ¡crudos con sal!... ¡no hay esvásticas en Tombuctú! la peste parda sólo arraiga en Alemania, ¡una vez por todas!... ¿Murió Adolf? ¡seguid riendo! desde Bismarck todos los cancilleres altos, bajos, jóvenes, viejos, archiviejos, estaban chiflados... la afección de ese extraño y cómico país, ¡tiene gracia! el último, ése, el vejestorio hipócrita,** ¡se va de cruzada! ¡La Europa de los pogroms anti-*gois!* ¡sus diez mil matanzas por acera!... ¡por noche! ¡antirra-

* *Scoubidoul*: palabra que puso de moda en 1958 una canción de Sacha Distel.

** Esta alusión evoca seguramente uno de los gestos de reparación para con Israel del canciller Adenauer: por ejemplo, la declaración que hizo con ocasión de su encuentro en Nueva York, en marzo de 1960, con el presidente israelí Ben Gurion.

cistas!... yo no lo veré, vosotros tal vez sí... ahí está Alemania, aún persigue el sueño del loco...

¡Drrring! ¡otro que llama!... ¿dónde tengo la cabeza?... ¡me hablo a mí mismo!... ¡no! ¡no! ¡el teléfono!... ¡otra vez! pero, ¡si no tengo nada que decir!... ¡sí!...

«¡Diga! ¡diga! no, señor, ¡estamos listos! ¡cósmicos somos!

—¿Cósmicos?

—¡Sí, todos!... ¡déjenme, por favor, terminar mi historia!

—¿Qué título, Maaaestro? ¡oh, el título!

—¿Para qué periódico?

—*La Source*, ¡pro-comuni-pluto-cristiano!

—¡Bravo!... ¡bravo!

—Pero, ¿cómo se llama?

—*La gallina ciega!**

—¿Para el cine?

—¡Desde luego!

—Entonces, ¿con qué astros?

—¡A punta de pala!

—¡Diga, diga nombres, Maaaestro!

—¡Si no hay modo! ¡astros, estrellas, el cielo! Delfos hacía dioses, Roma no hizo sino santos siempre, pero nosotros, señor mío, maravillas de estos tiempos, ¡sacamos diez astros por semana!... ¿entonces?... con chucháis grandes, pequeños, medianos... ¡ya veré!...»

¡Dring! ¡cuelgo! ¡se acabó! llama otro... no contesto.

★ ★ ★

* *La gallina ciega* es el título con el que Céline designó su novela hasta el último momento.

¡Ha llegado la Navidad!... me digo: ¡me van a dejar en paz de una puta vez! no piensan sino en eso, si no están del todo trastornados, los carrozones... en que los dejen tranquilos... Viva la Navidad... sobre todo sin brillo, ya no tienes nada que dar y no recibes más visitas... ¡exento! ¡Viva la Navidad!... ¡tampoco recibes más regalos ya! ¡Viva la Navidad otra vez! ¡no más gracias que dar! ¡Viva la Navidad!

¡Basta! ¡llaman!... una vez, dos veces, el teléfono no... ¡en la verja! abajo, en el jardín, tres veces... claro, que puedo hacerme el sordo, no soy criado... ¡Guau! ¡guau!... ¡todos los perros al unísono! es su oficio... son cuatro, la pequeña y tres grandes... ¡les gusta el ruido!... ¡y ese bribón venga llamar! ¿será un mendigo? ¡a la mierda! ¡joder! ya me han quitado bastante, desvalijado bastante, se llevaron todo, lo vendieron en un baratillo, ¡y en subastas! la Virgen, ¡lo que he entregado!... ¡por la vida! ¡Eh, a ver si me devuelven!... ¡hay saqueados que vuelven a cobrar y en cantidad! ¡no soy de éstos!... soy de los otros, ¡los que deben siempre!... ¡guau! el testarudo de la verja ha llamado al menos diez veces, divierte a los chuqueles... ¡se pone fea, la Navidad!... ah, sí, lo olvidaba, ¡caen chuzos de punta!... va a quedar calado, ese grosero... ah, pero, ¡no le molesta!... vuelve a llamar, pero qué fastidio, ¡los vecinos! ¡si se ponen también a ladrar!... ¡tienen derecho! pueden tenerme fila... ¡diez años!... ¡veinte años!... ¡Hostia! ¡eso sería grave! lo mejor, ¡es que vaya!... baje a la verja, ¡despida al maleducado! ¡fuerte y rápido!... no veo nada, ¡sí! un poco... una forma en la oscuridad... en el gris...

«¡Largo de una puta vez! ¡gamberro! ¡rápido! ¡gamberro! ¡asqueroso!» ¡y ladrador! ¡con los chuqueles! ¡guau!... ¡y gruño! ¡brrrrr! ¡que muerdo!... ¡entre los cuatro nos hacemos oír, la verdad! ¡brrrrr! ¡hasta Anteuil!... ¡alegre Navidad! por el Sena, el eco,

¡imaginaos! ¡qué Navidad! pero ese patán no se marcha, ¡qué va! me increpa incluso, se aferra al timbre...

«Señor Céline, ¡quiero verlo!

—Señor mío, ¡de noche imposible!... ¡váyase! ¡y no vuelva nunca! ¡o lo hago despedazar por mis perros!»

¡El muy borde se empeña!

«¡Le he escrito veinte veces! ¡He hablado de usted en cien artículos! ¡querido autor! ¡nunca me ha respondido! ¡le he llamado de todo, Céline! ¡Canalla!... ¡Vendido!... ¡pornógrafo!... ¡agente doble! ¡triple! ¡nunca me ha respondido!

—Nunca, no leo nada, ¡hermano de la sombra! ¡no me tienta! ¡guau! ¡brrr!

—Bueno, pues, ¡me va usted a oír! ¡voy a aullar más que sus perros! ¡le pido perdón! ¡perdón sincero! ¿me perdona? ¡por favor! ¡por favor! ¡Navidad!»

Se arrodilla... y plaf, de lleno en el pastel... ¡guau! ¡guau! lo que me temía: ¡el escándalo! aunque sea de noche, ¡se oye!

«¡Yo, el reverendo Padre Talloire de la orden del Santísimo Imperio! ¡le pido perdón! vengo a propósito... ¡lo he ultrajado gravemente! ¡por Navidad, Céline!»

Se golpea el pecho, oigo a los vecinos... ¡venga protestar, aullar! no miro.

«¡A los leones, curilla!... a los leones, culo bendito, ¡guau! ¡brrrr!»

Pero, ¡no quiere! ¡no! se resiste... se pone en pie... ¡y me increpa!

«¡A los leones, tú! ¡tú y tú! ¡maldito perverso!... ¡tu sitio!»

Se va por el sendero, ojalá se cayera de cabeza, ¡y se abriese el cráneo! aquí, bajo la lluvia, diciendo gilipolces, ese curilla me ha hecho pillar una buena, ¡estoy seguro! no es que sea yo blandengue, pero me conozco los efectos... nunca salgo de

noche, sé a lo que me expongo... ¡que venga a hablarme otra vez de su Navidad, ¡él u otro! ¡Rey Mago! ¡con sotana o sin ella!... ¡que vuelva a subir por el sendero para ver!... ver es un decir, no nos hemos visto...

★ ★ ★

Me tumbo, Lili sube a su cuarto, en el primer piso... os doy estos detalles indiscretos, para que entendáis un poco lo que sigue... en fin, ¡espero! ¡pienso en ese cura, ese carota!... lo he mandado con viento fresco... desde luego, se lo merecía, ¡cien veces! ¡mil veces! si hubiera sido rabino, anabaptista, pastor de la Iglesia reformada, ortodoxo, lo habría echado igual, militantes todos del Niño Jesús, ¡lo que se dice la misma ralea!... no me dejo engañar por sus rencillas, cizañas, todos salen de la Biblia, el más absoluto total acuerdo, que somos meros blancos, carne para mestizaje, para volvernros negros, amarillos y luego esclavos, sorchis, osarios... no os digo nada nuevo... la Biblia, el libro más leído del mundo... más marrano, más racista, ¡más sádico que veinte siglos de corridas, Bizancio y Petiot juntos!... unos racismos, escabechinas, genocidios, degollinas de los vencidos, que nuestros peores esperpentos quedan deslucidos y rosáceos sonrosados en comparación, «suspenses» para parvularios... después de la Biblia, que si Racine, que si Sófocles o lo que queráis, todo es un puro pastel... un poco más o menos acaramelado y se acabó... yo no iría, figuraos, a meterme en líos otra vez, si no estuviera acosado por las deudas, me quedaría muy tranquilito, ya tengo una edad, ¡el retiro y el firme propósito! qué gusto, paseítos, con bastón y gafas «ahumadas»... que nadie se fije en mí... *bastante hemos hecho ya...* ¡qué leche! ¡todo está dicho!... sobre todo en casa de mi chuloputas Ben Achille,

que publica veinte novelas al día... más su *Revue compacte*... y su boletín *Votre Férule*... revista mensual de azotes y mamoneos... ¡iré a decirle que renuncio! ¡ésa es mi resolución!...

Me acuesto y espero... ¡no mucho! ¡sacudo la piltra!... ¡un escalofrío!... ¡dos!... siempre lúcido, me digo: ¡ya está!... ¡ese mierda cura maldito me ha hecho pillar la mulé!... lo sabía al escucharlo... ¡no quería ir!... seguro también de que iba a delirar, ¡el ataque!... el delirio entretiene... pero es delicado delirar ante la gente... puedes lamentar tus palabras... como se trata de un paludismo que arrastro desde hace cuarenta años, desde el Camerún, como podéis comprender, no me sorprende... ese palo de curilla bajo la pañí, calado hasta los huesos, con el viento del norte, escuchando sus sandeces, ¡era de esperar!... ¡si sólo hubiera sido eso!... pero, ¡no!... ¡no!... otra cosa en el rincón... en la puerta... estoy seguro, alguien sentado... no voy a encender... moverme... ¡tal vez sea sólo el efecto de la fiebre! el otro también ha hablado de la Navidad... tal vez una idea y la fiebre... ¿un intruso?... ¡todo es posible!... el sotanas de los cojones ha venido a llamar, eso seguro... ¿habrá vuelto?... no me parece... en todo caso, ahí, en el rincón, hay alguien... yo no quiero ir... tiemblo y transpiro... ¿alguien?... ¿algo?... ¡bastante que hacer!... la cabeza clara aún, ¡fijaos!... me pongo a pensar... ¡sí! ¡más aún! verdense, ése, sentado... una luz de luciérnaga... he hecho bien en esperar... esas apariciones no duran... ahora lo veo casi... es un militar... ¿vendrá a hablar conmigo? ¡que hable!... espero... no habla... no se mueve... sentado... verdoso...

«¿Qué?... A ver, ¿qué?»

Pregunto... tiemblo... ¡Oh! ¡me da miedo!... pero, leche, ¡si es él!... lo conozco... ¡lo conozco! ahí, verdoso... brillante... más o menos...

«¡Vaudremer!»

Lo llamo... no responde... ¿por qué está ahí? ¿por la Navidad?... ¿como el curilla?... ¿habrá pasado por la verja?... ¿a través?... los perros no han ladrado... ¡qué disparate!... a ese Vaudremer lo conocí de médico militar con cuatro galones... ¿dónde era?... como podéis imaginar, la memoria, con mi estado de fiebre, sudores, temblores de toda la piltra... tengo derecho a no estar del todo seguro... sobre todo porque él no me ayuda nada... alzo la voz... hago esfuerzos, como veis...

«¡Vaudremer!... ¡semiluminoso!... ¡te lo ordeno!... ¿qué quieres de mí?... ¿estás ahí?... ¿sí?... ¿no?... ¿resucitado? ¿de dónde?...»

No se mueve... yo no le veo la cara... ¡pero! es él... pasábamos consulta juntos allí... él, médico jefe... lo insultaban que no veas de un barracón a otro... un cabreo que para qué... todas las familias se quejaban de frío, hambre, sed, todo el personal del SNCASO*, ¡acampado en barracones Adrian! obreros, capataces, ingenieros y los enfermeros... ¡que era una vergüenza!... que nosotros, los médicos, éramos criminales, enemigos del pueblo, reaccionarios, que lo habíamos preparado todo nosotros, los *stukas*, la quinta columna, el monopolio de los comestibles, para que los pobres se muriesen de hambre y epidemias... que nuestros supuestos medicamentos eran auténticos venenos... la prueba era que ya nadie podía ir al retrete (tres niños ahogados), las letrinas desbordaban hasta formar una inundación parda, con los cólicos, meadas, provocados por los supuestos remedios... la diarrea general iba a sumergirlo todo... los *boches* de Saint-Jean-d'Angély tenían su táctica, todos sus tanques apostados para tirarnos a todos a la mierda, que nos muriéramos todos, no nos moviésemos más, bajo un metro al menos de excrementos, si hacíamos ademán de escapar...

* Societé Nationale des Constructions Aeronautiques du Sud-Ouest.

¿Cómo acabarían? ¡me pregunto! el caso es que nosotros nos libramos, Lili, Bébert y yo, con nuestra ambulancia... ¿nuestra? ¡no! la de Sartrouville, que yo había llevado hasta allí... el trayecto del que nunca se habla en los anales de la epopeya... «¡La Seine-La Rochelle!»... ¡y con unos problemas!... no sólo Lili y yo, ¡también una abuela y dos niños de pecho! tuve que dejarlos plantados en la plaza mayor de La Rochelle... diréis: ¡cuentos! ¡qué va!... la prueba, la chavalita, la más pequeña, aún recuerdo su nombre; ¡Stéfani!... ahora debe de ser esposa y madre de familia... entonces tenía un mes, como máximo... el general que mandaba la plaza, general francés, quería que nos embarcáramos para Londres con el pabú, la abuela y los nenes; desde luego, ¡era tentador!... mi suerte habría sido muy distinta, ¡qué héroe sería ahora! ¡qué de estatuas y calles con mi nombre!

«¡Mi general! ¡no! ¡me niego! ¡con todo el respeto y sintiéndolo mucho, mi general! ¡el deber, lo primero! ¡estos niños y la abuela, muy alcohólica, son de Sartrouville! ¡y el pabú!... ¡debo devolverlos a Sartrouville!

—¡Muy bien! ¡puede usted retirarse, doctor!»

No volví al campamento de Adrian, tan fétido... ¡adiós, Saint-Jean-d'Angély!... nunca he sabido si acabaron bajo los tanques... o las diarreas...

No volví a ver nunca a Vaudremer... y, sin embargo, es él, verdad, está ahí, sentado, sin decir palabra... ¡y fluorescente!... ¡voy a acabar interpeándolo!... ¡no!... no puedo... una cosa, ¡se me olvidaba!... os he dicho que me habría embarcado con gusto para Londres... diréis; lo dice para quedar bien, para parecer resistente... ¡no! ¡que no! tengo razones, y muy antiguas, para ser anglofilo... ¡muchas más que los que allí estuvieron! pienso en ese general que me lo ofrecía... pienso en ese fantasma de

Vaudremer ahí, fluorescente, sentado... en fin, fantasma, por decir algo... y sé que me voy... oh, pero, ¡no a cualquier parte!... aquí mismo, el Vaudremer se esfuma... se esfuma porque los perros aúllan... ¡guau!... los perros, la verdad... ¡no es un sueño!... yo chorreo, transpiro, tirito mucho aún, pero se acaba... treinta años hace que me dan ataques, sé cómo acaban... y también lo que los provoca... esta vez, el cabrón del curilla, que me ha retenido junto a la verja... no debería haberlo escuchado... ¡guau!... ¡guau!... ¿quién será, ahora?... Lili y los perros... enciende la luz... todas las lámparas... no tiene miedo...

«¿Hablabas con alguien?»

—Era Vaudremer...»

No insiste... cree que sigo divagando con ganas...

«Oye, ¿has vuelto a la verja?»

Pregunto...

«Sí, tienes visita... un coronel...

—¿Qué coronel?»

—¡Cambremousse!

—¿Qué me quiere?»

—¿Tal vez podrías recibirlo?»

Estoy muy cansado...

«¡Que venga! pero, ¡rápido! ¡y que se largue! ¡aún estoy temblando!»

Entra, es él, Cambremousse, ya lo creo, no un ectoplasma... coloradote, pletórico, ya me conozco su tensión... ¡le da igual!... le apasiona demasiado la cocina y la renovación nacional para perder el tiempo con pamplinas, regímenes y cuentagotas... lo suyo es la carne exquisita y Francia, ¡perla del mundo!, única entre todas las naciones, el despecho, la rabia...

Cambremousse, mientras esperaba para entrar, ha oído todo lo que yo decía... ¡mejor!... ¡así adelantaremos!

«Céline, ¡estamos montando un neomovimiento de resurrección nacional! ¡contamos con usted!

—¡Se equivocan!... ¡yo no quiero resucitar nada!... Europa murió en Stalingrado... ¡el Diablo tiene su alma! ¡que se la guarde!... ¡putón apestado!

—Céline, ¡es usted un derrotista! ¡el mismo de siempre!... pero, ¡puede usted ayudarnos!

—¡Alto ahí! ¡no, qué hostia! ¡los chinos en Brest lo antes posible!... ¡mi deseo más ferviente! ¡el Cuartel General del Ejército Amarillo en la Comandancia de Marina! ¡todos los problemas quedarían resueltos!... ¡echando leches! ¡esa gente que nunca ha comido se atiborrará de *crêpes*!... ¡usted es superfluo, Cambremousse!

—¡Qué gracioso es usted, Céline!... ¡sin querer!»

Ordeno...

«¡Totó, silba!... ¡para el coronel! ¡para que se entere!...»

Totó silba, mi loro... escrupuloso, obediente, ¡sólo sabe una canción!... *En las estepas del Asia Central* de Borodine...

«Coronel, todo el futuro está ahí... escuche a Totó, ¡entérese!... Lili, ¡llévalos ahí al lado! quiero decir, al otro cuarto, que me dejen pensar en mi “Crónica”... ¡que tengo trabajo serio!... ¡antes de que lleguen los chinos! digamos cinco, seis meses... un año... ¡repitan su *Asia Central*!... ¡los dos! no quiero oírlos... Cambremousse, Totó...

—Pero, ¡mire! ¡nuestro programa!... ¡dos palabritas!...»

¡Otra vez!... ¡me interpela!

«¡No, coronel! ¡no! ¡ya está dicho todo!... ¡las pompas fúnebres! ¡el gran Organizador está por doquier! ¡tiene puestos ojos y oídos en todo! ¡escuche a Totó! cálese... ¡y aprenda!»

Y reanudo el trabajo...

★ ★ ★

No te vas a poner a preguntar a las personas lo que piensan aquí y allá... si son pobres, ¿se la trae muy floja!... ¡Belcebú, los chinos, los rusos!... ¿los argelinos?... ¿por qué no?... los ricos, éstos sólo piden una cosa... ¡que no haya cambios!... ¿comunistas?... ¡qué hostias! ¡lo son un poco todos! ¡y mucho!... plutócratas superprogresistas... la gran velada, con trajes «azul marino»... todos los dirigentes de los grandes bancos han seguido cursos en Moscú, no hay que olvidarlo, con los gigantes de la pintura, los reyes de la canción, los príncipes del zinc y del algodón...

¡Un retraso en la base!... ¡figuraos! ¡unos militantes muy mantas!... faja roja y 1900... marionetas, ¡contrasentido de la Historia! *Carmagnoles*, jazz, barricadas abstractas... yo, aquí, que soy un pureta ya, y lo sé, ¡no pego ojo, como podéis imaginar! que aparezcan los afroasiáticos, encadenen a Achille, liquiden la NRE, y a mí, ¿qué? a escape, ¡que viejo soy!... ¡vuelvo!... ¡donde estábamos!

★ ★ ★

Iba a llevaros a Zornhof otra vez... y no perderos más... pero, ¡otro entrevistador!... ¡sí!... y de parte de Marcel... y también de mi colega Gendron... ¡dos palabritas, pues!... ¡sólo dos palabritas!... ¡sin presentación!... ¡sí!... ¡yo mismo!... grito desde la cama, que no se me moleste...

«Desconocido, ¡sepa que soy megalómano! ¡y la época también!... ¡soy el más grande escritor del mundo! ¿está usted de acuerdo?»

Grita la respuesta;

«¡Claro que sí, Maestro! ¡no lo hay más grande que usted!»

Tengo que insistir...

«¡A mi lado nada hay! sólo charlatanes y chapuceros... ¡cá-
cógrafos grotescos, cucarachas purulentas!

—¡Qué razón tiene, Maestro! ¡a la hoguera todo!... ¡y sus
cenizas al viento!»

¡Perfecto!... ¡perfecto!... pero, ¿quién puede ser ese tan dis-
creto?... ¡que se asome!

«¡Oh, no! ¡no! ¡Maestro! ¡su obra!... ¡le queda tan poco
tiempo!»

¡Qué enterado!... mejor no verlo...

«¡Vuelva otro día! ¡dentro de dos meses!... ¡ocho días!

—¡Desde luego!... ¡desde luego!...»

Sí, pero en fin... ¡es tan antiguo todo eso!...

«¡Somos demasiado viejos!... ¡nuestras historias ya no quie-
ren decir nada!

—¡Sí!... ¡sí, Marcell!... ¡algunos se interesan aún!

—¿Cuáles?

—¡Oh, los folkloristas!

—¿Tú crees?

—¡Diez cartas al día!

—¿Las lees?

—¡No!... pero, ¡el teléfono!

—¿Cuánto?

—Dos veces por semana... entiéndelo, Marcell, tú que no
entiendes gran cosa, sobre todo después de tu enfermedad, ¡es
un simple asunto de inundaciones!... ¡sígueme!... ¡inténtalo!
vuelvo a empezar... cuando yo era un chaval, muy pequeño,
íbamos mucho a Ablon, en invierno y en verano... allí aprendí
la tira, te lo aseguro... todos los secretillos del río, los ribazos y
los arenales... allí aprendí, sin temer a nadie, los verdaderos pla-
ceres de la navegación con remo... remontar, deslizarse hasta el

puerto, contra la enorme corriente, ¡al milímetro! con una mano, ¡un artista! ¡créeme! un pelín para acá: el torrente te lleva como una barquichuela, chico, ¡un grito! ¡listo!... ¡yo era un fenómeno con la crecida! sabía deslizarme, entre convoyes, remolcadores, gabarras bigotudas, timones mortales, mucho antes de saber las cuatro reglas y sumar incluso... ahora bien, fíjate, Marcel, admira el caso, ¡la contracorriente! aquí donde me tienes, yo, que ya apenas me muevo, que no tengo ya ganas ni fuerzas, me vi, chavea aún, campeón del canal, ¡en la subida «contracorriente»!... esto te aburre, ¡insípido!... la inundación no puede decirte nada, ¡no habías nacido!... todo estaba tan sumergido, el Sena tan furioso, barreras y gabarras arrastradas y los tilos, sirgas inundadas y las vastas llanuras, las quintas y mobiliarios... ¡desastre nacional!... que, muchos años después, todo era barro y la Cour de Rome... Marcel, no puedes hacerte idea...

—Si tú lo dices... pues, ¡sí!...

—¡Sí y lo demuestro! ¡incrédulo! pero, ¡ya no se ven, como en todo, sino simulacros de riada!... desde 1910, de que te hablo, ¡los elementos se limitan a simular que va a haber diluvios!... y apenas se mueven...

—¿Adonde quieres ir a parar, Ferdinand? ¡abrevia! tengo que almorzar, es mediodía y me esperan...

—Pues, ¡mira, maleducado!... a ver si te enteras, que los torrentes que destrozan todo, impiden la navegación, retuercen todos los puentes, destruyen las ciudades, despedazan remolcadores y convoyes, ¡respetan la orlita de las gabarras!... ¡igual las furias de la opinión! te cogen en medio, de través, y te pulverizan...»

No me deja acabar...

«¡Ya lo has dicho! ¡son las doce y cinco y me están esperando!

—¡No acaba ahí la cosa!... ¡hay que aprender, joder! ¡so patán! la orlita a contracorriente, ¡ahí el verdadero artista barquero manda y mantiene su esquiife! ¡con finura, chico! un trabajo, que no te puedes hacer idea, ¡chorra peludo! ¡zampabollos!

—¡Te comprendo!... ¡y te dejo!

—¡Un segundito! ¡por debajo de todo! ¿los manuscritos del mar Muerto?... ¿has oído hablar?

—¡Di rápido!... ¿qué hay?

—¡Una humanidad desaparecida!

—¿Y qué más?

—¡Ésta va a desaparecer también!

—¡Qué cuentista estás hecho!

—¡Bien caro me ha costado! ¡ahora tomo precauciones! he previsto para el año próximo, pero se acabó, joder, ¡ahora ya sólo preveo para el año 3000!

—¡Ah!

—¡Todo lo que pasará! ¡Preveo los programas! el año 3000... lo que se enseñará en los institutos y en las escuelas municipales, ¡Historia y Geografía!

—¡*Prognosticas!*

—¡Nostradamus!... ¡tú lo has dicho! pero él en plan sibilino, vago, alegórico, yo, vas a ver, bien claro, honrado y sin charadas...

—Pues a ver, ¡rápido!»

Mira el reloj... ¡cómo me irrita!

«¿Temes perderte los rábanos?... ¿las anchoas? ¿el *foie-gras*? ¡confiésalo, mal bicho!

—¡No! pero, ¡es que me entretienes para nada!

—Ah, ¡conque para nada!... te trato con cariño, ¡y me insultas!

—¡Venga, anda!